El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII — DIARIO DE LA NOCHE — NÚM. 8013

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—***Provincias***, tres meses, 7'50 id.—***Extranjero***, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo los caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 21 de Julio de 1888

ECOS DE MADRID.

Julio 20 1888.

No hay medio humano de apartar la vista del horrible suceso de la calle de Fuencarral. Esta sociedad en cuyo seno vivimos; gastada, indiferente, dejando por desidia hacer el mal, convirtiéndose por egoismo en cómplice de no pocas iniquidades, se ha despertado, ha sacudido la pereza y apárece activa, sedienta de justicia, impresionada, impaciente.

Supongo que en todas partes donde se leen periódicos sucederá lo que en Madrid; la ansiedad es inmensa.

Yo entré el otro dia en una tienda. Habia cuatro personas; el principal, dos dependientes y un criado. Los cuatro estaban engolfados en la lectura de otros tantos periódicos. Ni siquiera se apercibieron de mi llegada.

Pasaron dos ó tres minutos y uno de los lectores exclamó:

—Pues señor, cada vez se sabe menos.

—El *Imparcial* no está tan fuerte como ayer.

—Lo que hay que leer es el *Resumen*, dijo el principal.

—Y el *País!*

—Y el *Liberal!*

—Lo que ès éstos no se muerden la lengua.

—Y hacen bien.

—Si yo fuera juez, exclamó el criado, á estas horas no me andaría por las ramas.

—Tú que sabes!

—Yo sé la verdad.

—Qué has de saber mentecato.

—Todo lo que Vd. quiera.... pero ¿á que si va usted preguntando á uno por uno á todos lo que se han enterado del crimen, están todos acordes....

—Calla! calla!... añadió el principal y reparando en mí, riñó á los dependientes porque no se habían apresurado á servirme.

—Usted dispense, añadió, está uno soliviantado con tal crimen.

Compré lo que deseaba; pero más que del objeto me hablaron principal y dependientes del suceso que á todos preocupa.

Poco después pasaba por una calle. Varios albañiles esperaban junto á la empalizada de una obra á que sus mujeres les llevaran la comida. Algunas habían llegado y se disponían á servir á sus hombres. De pronto oigo exclamar á uno de los albañiles encarándose con su mujer:

—¿Dónde has estao arrastráa?

—Calla hombre, contestó la interpelada; la Señá Menegilda ha merecao *El Liberal* que está que arde. Llamó al chico de la Señá Rosa que lée de recorrio y nos ha puesto el cuerpo de crímenes hasta dejárnoslo de sobra. A mí... ¡claro! escucha que te escucha se me fué el santo al cielo!

—Te vas á chupar luego la gran paliza.

—Por supuestito... En cuanto te enteres de toos los pormenores. Mira .. mira aquí traigo *El Liberal* que me le han emprestao.

Al oir esto, los que comían dejaron de comer, el marido impaciente se apaciguó y uno de los más jóvenes cogiendo el periódico:

—Yo leeré, exclamó.

—Sí... sí, que lea ése que lee sin tropezones.

Yo los dejé después de haberme detenido á contemplar el cuadro.

Sobre poco más ó menos lo mismo acontece en todas partes: no se habla más que del crimen, de los pormenores con él relacionados, de las declaraciones, de los careos.

De otros horrores ha dado noticia la prensa: la mujer despedazada en Valencia, la infanticida de Dolores en la provincia de Alicante, la herida en D. Benito y su amante el suicida.

Se ha contado que un niño que habitaba en una casa de la calle de Embajadores en Madrid, huyendo de su padre que quería castigarle se arrojó por una ventana estrellándose al caer. Se ha hablado de un marido que ha muerto á su mujer dándole una bestial patada en el vientre. Cada uno de estos lamentables sucesos que acusan un estado de barbarie, en otra época habrian preocupado. Ahora han pasado casi desapercibidos. Hoy no domina más que un deseo; saber quién asesinó á D.ª Luciana, saber qué ha sido del dinero que poseía.

Esta curiosidad apasionada tiene un fondo moral digno de consideración. Quiere convencerse de que no ha sido el hijo quien tan cruelmente ha asesinado á la madre. Si llegara á persuadirse de esto, respiraría. Pero si ha sido y se prueba, quiere que la justicia haciendo un ejemplar castigo demuestre que es amparadora de la sociedad.

Este es uno de esos procesos que ha de servir para demostrar si hemos progresado, ó si la luz eléctrica alumbra lo que solo en tiempo de los candiles podia pasar.

JULIO NOMBELA.

Variedades.

LAS RELIGIONES EN CHINA.

Generalmente se cree en Europa que el budhismo es la religión nacional en China, y que ha ejercido y ejerce en las instituciones y en el espíritu de la nación la influencia que otras religiones tienen sobre los pueblos que las practican. Es este un error que Mr. J. Eugenio Simón rectifica en su obra: *La cité chinois*, dando interesantes detalles sobre la situación de los demás cultos en el Imperio del Medio.

El budhismo es profesado por la inmensa mayoría del pueblo chino, desde el emperador al aldeano, pero individualmente, y no tiene acción ninguna sobre las instituciones nacionales.

Es una religión de disgregación y abstención, que con su creencia en la salvación individual ó en la absorción sucesiva de las almas en el Nirvana, nunca hubiese podido inspirar ni la idea de la solidaridad absoluta, tal cual se manifiesta ya en la familia china, y que se verá desprenderse más y más, ni el régimen de la propiedad colectiva, fundamento de la constitución nacional, ni campo patrimonial, base de la organización de la familia. En cuanto á su poder sobre los individuos ya es otra cosa, y cuado llegue el momento de hablar de las deficiencias y excepciones de la civilización china, después de haber estudiado su funcionamiento normal, contaré las supersticiones á las cuales dió nacimiento el budhismo. Sin embargo, no me cansaré de decir que, áun sobre los individuos, es menos grande de lo que se supone su influencia.

—¿Creéis en la eficacia de vuestras prácticas religiosas?—preguntaba yo á menudo á los chinos con quienes me hallaba en relaciones algo sostenidas.

—No sabemos qué deciros—me decian.—Unas veces creemos, otras no. Otras nos reimos de los que van en peregrinación, y otras tomamos parte en ellas. Eso es según.

Un dia, á poco de mi llegada á China, llego á la hora de almorzar á una aldea extraviada donde no habia mesón, y siguiendo la costumbre en tales casos, me llevan á la pagoda, que es, según los casos, un teatro, un club, un mercado ó un bazar. Solamente que no hay más muebles que el ara del altar y los sillones de las diversas formas del Budha. Tenderme sobre el enlosado me parecía duro, y no dejé de mirar con envidia aquellos asientos; pero ¿cómo hacer para sentarme en ellos? Lo eché á broma.

—Me dan ganas de invitar á sus excelencias á que almuercen conmigo—dije á la gente que me rodeaba.

—Pero si no son hombres, ¿cómo han de comer?—me dijo uno que tenía cara de tonto.

—¿Pues si no comen, ¿qué hacen á la mesa?—pregunté.

Oí una carcajada. En un abrir y cerrar los ojos y entre todos desembarazaron el altar, y bajaron las estátuas sin gran respeto desde entonces, y siempre que me veían en un caso semejante rogaba á cualquiera de los presentes que me prestase el servicio, lo cual hacía siempre el invitado.

Se ve por ésto que las creencias búdhicas son bastante acomodaticias, y que ellos mismos saben dejarlas á un lado. La manera como fueron introducidas en China es bastante original.

De Paris au Pérou, du Japon jusq'
Rome le plus sot animal, a mon avis, c'
est l' homme.

De un extremo á otro del mundo, Boileau tiene razón: de tiempo en tiempo, bajo todas las latitudes, en el estado natural como en el civilizado, sea dolicocéfalo, ortocéfalo, ó braquicéfalo, tenga el cabello lacio, ó crespo, el hombre, blanco, negro, amarillo, rojo ó violeta, siente las mismas necesidades supersticiosas. El gran arte de los políticos y filósofos no consiste quizá más que en hacer las inofensivas. Esto es precisamente lo que en el primer siglo de nuestra era se han dicho los filósofos y políticos de la China. Más de cuatrocientos años habian pasado desde la muerte de Confucio, y las falsas prácticas de que habia limpiado el culto nacional habia vuelto á invadirle. Era éste un peligro; se le quiso conjurar, derivando de él y canalizando todas sus creencias. Entonces se emprendió una gran información

Salieron misiones de China y reconocieron el mundo conocido de los chinos, estudiando las regiones de los demás pueblos. Y lo que trajeron fué el budhismo, con sus diversas sectas, especialmente la de Fó. En cierto modo, el budhismo se adaptaba bien á la antigua civilización China. Proscribe las castas, enseña la igualdad; su moral es muy pura. Pero exige un sacerdocio. Los chinos no habian tenido nunca sacerdotes, ni tenían idea alguna de ellos. Ninguno quería consentir en hacerse sacerdote, tanto que el Gobierno se vió obligado á sacar de los presidios cierto número de individuos á quienes encargó de los cuidados espirituales y temporales de los nuevos templos. De hecho, los bonzos ó sacerdotes budhistas no han dejado nunca de llamarse á sí mismos los *condenados á muerte*, ni de llevar el gorro y la túnica amarillos del presidio. Los que celebran en lengua china común, muy semejantes á los oficios católicos en cuanto á ritos exteriores y trajes no atraen á nadie. En realidad, el budhismo ha quedado siendo lo que quisieron que fuese sus introductores, y sus templos no son más que un lugar á que cada cual va, sin esperar al vecino, á desembarazar su espíritu de las impurezas con que ha podido mancharse.

Después de los budhistas, los tatonistas son los más numerosos. Dícese que hay hasta cien millones de ellos. Pero el tatonismo no es una religión: no tiene templos ni sacerdotes; no es más que una interpretación de los antiguos Libros sagrados, ó más bien consagrados, cuyas verdaderas doctrinas se habian perdido ó estaban mezcladas á todo género de errores. Expuesta hacia el año 550 antes de nuestra era por Lao Tsée, en su *Tao te-Kin ó Libro de la razón eterna*, en seguida conquistó bastantes adeptos, y aun tal vez se hubiera generalizado á no haber sido por la que Confucio expuso á su vez cincuenta años más tarde. En medio de cosas muy bellas y muy puras que le han hecho clásico, añadiéndole á los seis antiguos *Kings*, el *Tas-te-King* contiene especulaciones de un misticismo tan oscuro sobre las virtudes y propiedades de los números, sobre la inmortalidad y algunos otros asuntos, que bien pronto dió nacimiento á creencias tan fantásticas como aquellas que su autor había querido combatir.

El judaismo y las dos grandes religiones que han salido de él, el cristianismo y el mahometismo, tienen su representación en China; pero no alcanzan ningún éxito real. El cristianismo fué introducido la primera vez en el país por los nestorianos, en el siglo VI, y hoy no cuenta más de 400 000 á 500.000 adeptos católicos; los misioneros dicen 600000 pero esta cifra parece exagerada, y ellos mismos, según la orden á que pertenecen los misioneros interrogados sobre este asunto, incurren en contradicciones naturales. Así, los jesuitas dicen que tienen 100.000 cristianos en dos de las provincias cuya evangelización corre á su cargo; pero los lazaristas y los sacerdotes de las misiones extrañas á la orden lo niegan. Estos, en cambio, afirman tener 70.000 en el Tcheli-nord, á su vez la precisión de esta cifra. Sigue luego el Kouei-Tchesu, que durante algunos meses tuvo 25 ó 30.000 cristianos, y hoy apenas tiene 6 ú 8.000. Las otras catorce provincias escasamente cuentan cada una 4, 5, 6 ú 8.000. En cuanto á la calidad de estos cristianos, es todavía más discutible que su cantidad. «Todo el mundo sabe bien—me decía M. Delaplace, obispo de Ning Po—cómo fabrican los jesuitas sus cristianos. Los arreglan en quince dias. Los confiesan una vez, pero id á ver luego si los cojen. Nosotros tardamos en hacer eso dos años.» Puede decirse que lo mismo es para el caso dos años que quince días. El mismo que se alaba de la extensión de las pruebas que hace sufrir á sus catecúmenos me contaba un día, todo esc udalizado, lo que acababa de ocurrir en su grey. El más antiguo, el más rico, y hasta entonces el mejor de los cristianos, acababa de tomar segunda mujer, viviendo como vivía la primera. Desesperado porque no tenía hijos de su primer matrimonio, y queriendo á toda costa tener uno, este hombre había atropellado por todo, sin que las llamas del infierno, las comodidades de la tierra, le hicieran desistir de su propósito. ¿Condenado? ¿Qué más condenación que morir sin sucesión y no verse reproducido en sus nietos sobre la tierra?

—¡Así no renazcas! es para el chino la maldición más temible.

Nuestro hombre, pues, no había vacilado. Entre las amenazas del obispo á las promesas vagas de otro mundo que nadie conoce y la salvación, la resurrección, según una antigua creencia, había elegido ésta, prefiriéndola á la vida que conocía sencilla y sin epíteto. En fin, y por confesión propia de los misioneros, si se abandonase á sí misma una grey durante dos años, sin visitarla, no se encontraría á la vuelta un solo paisano. Tampoco se puede dejar sin vigilancia á los sacerdotes chinos, reclutadas muy difícilmente. Cuando los católicos volvieron en el siglo XIV no hallaron huella alguna de los nestorianos; y de aquéllos no quedaban muchos cuando reaparecieron en 1842, después de treinta años de expulsión,